

ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA
Y LOS CAMINOS CRUZADOS DE ALONSO
DE CASTILLO SOLÓRZANO, BLANCO DE PAZ,
LOS BRACAMONTE Y EL DUQUE
DE BENAVENTE EN EL *QUIJOTE* APÓCRIFO

Alonso Fernandez de Avellaneda and the Crossed
Paths of Alonso de Castillo Solorzano, Blanco de Paz,
the Bracamonte and the Duke of Benavente
in the Apocryphal *Quixote*

JESÚS FERNANDO CÁSEDA TERESA

Instituto de Estudios Riojanos

casedateresa@yahoo.es

ORCID: 0000-0003-0409-4297

Recibido: 29-01-2025

Aceptado: 11-05-2025

DOI: 10.51743/cilh.vi51.586

RESUMEN

En este estudio se propone a Alonso de Castillo Solórzano como autor de la segunda parte apócrifa del *Quijote* por tres razones. En primer lugar, por su reivindicación de Juan Blanco de Paz, probable familiar suyo y enemigo declarado de Cervantes, el cual –según creyó– se había burlado de él en su primera parte (1605) y también de un miembro de la familia de los Bracamonte, valerosos capitanes de los tercios españoles. En segundo lugar, por su relación con su señor el duque de Benavente, enemigo del protector de Cervantes, el conde de Lemos, impor-

ABSTRACT

This study proposes Alonso de Castillo Solórzano as the author of the apocryphal second part of *Don Quixote* for three reasons. Firstly, because of his vindication of Juan Blanco de Paz, a probable relative of his and a declared enemy of Cervantes, who –he believed– had mocked him in his first part (1605) and also a member of the Bracamonte family, valiant captains of the Spanish tercios. Secondly, because of his relationship with his master, the Duke of Benavente, an enemy of Cervantes' protector, the Count of Lemos, the latter an important

tante protagonista este último de la continuación de Avellaneda como autor del soneto inicial o como «archipámpano de las Indias». Y, en tercer lugar, por la temprana militancia de Castillo Solórzano en la escuela de Lope de Vega, tras un primer contacto en casa del duque de Alba durante el destierro del escritor madrileño (1588-1595), cuando su padre sirvió como camarero a Antonio Álvarez de Toledo. Añado diversas pistas onomásticas para una mejor comprensión de la novela, doy cuenta de la relación de Castillo con el convento dominico de la Virgen Rosario de Tordesillas y analizo las referencias a esta localidad por Cervantes y en el texto apócrifo.

PALABRAS CLAVE: Avellaneda; Castillo Solórzano; Blanco de Paz; duque de Benavente; Lope de Vega.

protagonist of the Avellanesque continuation as author of the opening sonnet or as 'archipampano de las Indias'. And, thirdly, Castillo Solórzano's early militancy in the school of Lope de Vega, after a first contact in the Duke of Alba's house during the exile of the writer from Madrid (1588-1595), when his father served as a waiter to Antonio Álvarez de Toledo. I add several onomastic clues for a better understanding of the novel, I give an account of Castillo's relationship with the Dominican convent of the Virgen Rosario de Tordesillas and I analyse the references to this town by Cervantes and in the apocryphal text.

KEY WORDS: Avellaneda; Castillo Solórzano; Blanco de Paz; Duke of Benavente; Lope de Vega.

ANTECEDENTES Y PROPÓSITO DE ESTE ESTUDIO

RESULTA HOY INNECESARIO AFIRMAR que uno de los mayores enigmas de nuestra literatura, más de cuatrocientos años después de la publicación en 1614 de la continuación apócrifa del *Quijote* cervantino, es la identidad de Alonso Fernández de Avellaneda, quien supo ocultarse de tal manera que todavía hoy resulta difícil identificarlo. Se han dado muchos nombres a este respecto: Baltasar Elisio de Medinilla [Pérez López, 2002], los hermanos Argensola [Lavigne, 1853], Cristóbal Suárez de Figueroa [Espín, 1993], Pedro Liñán de Riaza [Pérez López, 2005, 2007; Sánchez Portero, 2006, 2007a y 2007b], Guillén de Castro [Cotarelo, 1934] o un homónimo clérigo llamado Alonso Fernández [Gutiérrez Alonso, 2014]; pero, especialmente, dos que han tenido fortuna y cierta aceptación crítica. En primer lugar, el aragonés de Ibdes y luego clérigo en el monasterio de Piedra Jerónimo de Pasamonte,

compañero de Cervantes en aventuras militares al que Martín de Riquer [1988], analizando su *Vida*, creyó posible que fuera el autor de la obra. Sus estudios han sido valiosamente ampliados por Alfonso Martín Jiménez [2002, 2004, 2005, 2006, 2010, 2014a y 2014b], investigador de este personaje a quien se ha relacionado con el Ginés de Pasamonte de la primera parte cervantina y con el Antonio de Bracamonte de la continuación de Avellaneda. Sin embargo, hay un problema que no se nos puede escapar: si analizamos la lengua y el conocimiento literario de la *Vida* y los comparamos con la continuación de Avellaneda, podemos ver que hay un abismo de diferencias. Esta última es, con poco margen de duda, una creación de una persona muy bien formada intelectualmente, con amplio dominio lingüístico y literario, a años luz de Jerónimo de Pasamonte, cuya autobiografía muestra unas evidentes carencias de formación y está a enorme distancia en cuanto a calidad y recursos del autor de la continuación apócrifa.

La segunda hipótesis que ha seducido a muchos investigadores es la relativa a un miembro del círculo literario de Lope de Vega, vilipendiado este último en la primera parte del *Quijote*. La continuación fue llevada a cabo, en tal caso, por alguien muy cercano a Lope, elaborada, tal vez, bajo su supervisión. Se trataría, en definitiva, de un ajuste de cuentas por el trato dispensado al «Fénix de los Ingenios» en el texto quijotesco de 1605. Entre los señalados dentro de este círculo, estarían dos, Pedro Liñán de Rianza y, una vez muerto este, y como propiciador junto con Lope de que fuera llevada a la imprenta tras algunas adaptaciones, el clérigo fray Luis de Aliaga [Sánchez Portero, 2007a]. Pero hay un problema en ambos casos. Rianza falleció en 1607, antes de la escritura del *Arte nuevo de hacer comedias* (1610), obra citada en varias ocasiones en el texto de Avellaneda y, en cualquier caso, tendría, si él escribió la novela apócrifa, más de cincuenta años, cuando sabemos, por lo que se dice en el prólogo al tratar a Cervantes de anciano, que quien la compuso era una persona joven. En el caso de Aliaga, este falleció en 1626; pero, al igual que en el caso anterior, cuando salió a la luz

la continuación tenía cincuenta y cuatro, una edad no precisamente joven en aquel tiempo.

Poco ha ayudado a desentrañar el misterio del autor del texto de Avellaneda el empleo en fechas recientes de los nuevos recursos digitales y de la estilometría en trabajos como el de Blasco Pascual [2016] o el de Rißler-Pipka [2016], los cuales llegan a conclusiones tan sorprendentes como que, en el primer caso, Tirso de Molina sería el más próximo al texto de Avellaneda; y, en el segundo, el propio Miguel de Cervantes. En mi opinión, sin embargo, parece difícil atribuirlo a uno o a otro.

Según Gómez Canseco [2001: 139], la sátira cervantina en la segunda parte de su novela, se dirige en «buena parte de sus ataques contra el *Quijote* de Alonso Fernández de Avellaneda y, tampoco ha de olvidarse, contra Lope». Felipe Pedraza cree que la enemistad de ambos llega al hecho curioso de que

el ímprobo esfuerzo de escribir un nuevo *Quijote*, se encontró con que Cervantes, que parecía olvidado de la empresa, se descuelga anunciando su Segunda parte. No nos puede sorprender que se encolerizara y que naciera entre ellos una enemistad que los cervantistas han prolongado durante cuatrocientos años [Pedraza, 2015: 121].

Blasco Pascual [2005] da una pista sobre su identidad que no ha de echarse en saco roto: su gran conocimiento de las líneas genealógicas más importantes de la nobleza castellana. En su opinión, tiene un buen conocimiento de ello y una magnífica formación histórica.

Pero, desde un punto de vista contrario al anterior, John O’Kuinghtons Rodríguez [2017] ha adscrito a Avellaneda a una línea ideológica que defiende la movilidad social frente a la cerrada sociedad estamental; un individuo que está muy cerca de las ideas de Cristóbal Suárez de Figueroa, quien, a su juicio, se esconde bajo la máscara del escritor apócrifo.

Entre el crecido número de atribuciones, figuran algunas otras no menos curiosas. Por ejemplo, la que refiere que fue el propio Cervan-

tes quien creó –o al menos supervisó– una continuación de la obra. De esta opinión son Fitmaurice-Kelly [1892], Martínez Unciti [1915] y Fermín Herrán [1879]. Según esta hipótesis, resulta sorprendente que tardara tanto tiempo en aparecer una segunda parte y, quizás por ello, Cervantes pretendió preparar su «auténtica» segunda parte, aparecida solo unos meses después que la de Avellaneda.

Ya subrayé hace un tiempo que existe una curiosa coincidencia entre el nombre de «Alonso Fernández de Avellaneda» y el de «Miguel de Cervantes y Saavedra» [Cáseda, 2018]. En ambos hay treinta caracteres –incluidos los espacios en blanco–, con once sílabas en cada uno –endecasílabos si fueran versos–, con rima interior en las sílabas 5 y 6 («Cervantes/Fernández») y rima final en las 10 y 11 («Saavedra/Avellaneda»), en ambos casos en asonante. Fuera quien fuera el autor, hizo un trabajo prodigioso, cuidando incluso este detalle que no resulta nimio y que es buena muestra de la pulcritud de su labor.

Este, observador implacable del arte cervantino, alude a lo que denomina «sinónimos voluntarios» de la primera parte. En otras palabras, advierte al lector de algo muy importante: de que en la onomástica de los personajes de la novela de 1605 hay un juego de palabras con los nombres de los personajes y de las personas que se ocultan bajo su apariencia literaria. El profesor Martín Jiménez [2004] deduce que es el caso, por ejemplo, de Ginés de Pasamonte (o Jerónimo de Pasamonte) y del también soldado –ya en la continuación apócrifa– de Antonio de Bracamonte.

Sin embargo, hay mucho más que todo ello. Sabemos que varios de los nombres de los personajes de la primera parte de 1605 son de individuos reales del pueblo de la mujer de Cervantes –Esquivias–, en la actual provincia de Toledo¹. Es el caso del Vizcaíno, de Diego Ricote, de Maritornes, del bachiller Sansón Carrasco, de Sancho Panza o del

¹ Véase S.A., «Personajes del *Quijote* con relación a Esquivias». <https://www.esquivias.es/turismo/personajes-del-quiote-con-relacion-esquivias>.

propio Alonso Quijada (de Salazar). Entre estos contemporáneos aparece un bachiller –otras veces llamado licenciado– de nombre Alonso Fernández, clérigo que extiende la partida de bautismo de algunos niños nacidos en vida de Cervantes en la citada localidad toledana.

Por otra parte, sabemos que varios miembros de la familia de Cervantes tuvieron el apellido «Avellaneda», todos ellos andaluces de Sevilla o de Jerez de la Frontera. Esta descendencia procede de la tatarabuela de Miguel, Aldonza de Toledo, hija de Alfonso Álvarez de Toledo, judeoconverso, contador mayor y consejero regio de Juan II de Castilla en el siglo xv (probablemente, el famoso poeta «Alfonso Álvarez de Villasandino», autor de un buen número de poemas del *Cancionero de Baena*), la cual se casó con Juan de Cervantes en Sevilla, donde se instaló [Cáseda, 2021]. El hijo mayor de estos fue Diego de Cervantes, comendador de Santiago, que se casó con Juana de Avellaneda, hija de Juan Arias de Saavedra (el «Famoso»), señor del Castellar y del Viso y de Juana de Avellaneda, de los condes de Castrillo. Sabemos, a este respecto, que

por este enlace se descubre el origen de haber usado muchos de la familia de Cervantes del apellido *Saavedra* juntamente. Entre los varios hijos de estos consortes se cuenta a Gonzalo Gómez de Cervantes, corregidor de Jerez de la Frontera, proveedor de armadas en 1501, que casó con Doña Francisca de las Casas y propagó la línea directa que luego pasó a Nueva-España; y a Juan de Cervantes, que según nuestras conjeturas es el abuelo de Miguel de Cervantes, y corregidor de Osuna por nombramiento del conde de Ureña después del año 1531 [Fernández de Navarrete, 1819: 238].

Este Juan de Cervantes fue el padre de Rodrigo de Cervantes. Y este último se casó con doña Leonor de Cortinas, la madre del escritor de Alcalá. El matrimonio tuvo cuatro hijos: Rodrigo, Miguel –nuestro escritor–, doña Andrea y doña Luisa.

Parece que la elección del apellido «de Avellaneda» por parte del autor apócrifo no fue casual: sabía perfectamente los orígenes familiares de Miguel de Cervantes. Y este buen conocimiento genealógico coin-

cide con lo que señalado por Blasco Pascual en el trabajo anteriormente referenciado.

El trabajo que ahora principio plantea una hipótesis: tras Alonso Fernández de Avellaneda se esconde Alonso de Castillo Solórzano, cuya biografía hasta 1619 resulta bastante desconocida; pero cuya presencia en la obra es perceptible a través de diversos indicios, fundamentalmente tres: las alusiones en ella a circunstancias vinculadas con su persona (la mención a su tierra, Tordesillas; su relación con los dominicos y la Virgen del Rosario en su localidad; el presunto parentesco de su esposa con Blanco de Paz, el enemigo de Cervantes); asimismo, su servicio documentado al duque de Benavente, declarado enemigo del protector de Cervantes, el conde de Lemos, el cual le sucedió como virrey en Nápoles, provocando su marcha de Italia por orden del duque de Lerma, suegro del conde gallego; y, finalmente, su relación con Lope de Vega, anterior a sus comienzos como escritor en 1619 en Madrid. A ello añado algunas reflexiones de carácter onomástico en relación a los personajes de la obra que identifican a las personas que se ocultan bajo ellos.

ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO, CANDIDATO A LA AUTORÍA
DEL TEXTO DE AVELLANEDA

No soy el primero que menciona a Solórzano como su autor. Justo García Soriano [1944] aludió por primera vez a esta posibilidad, remarcando la confianza y amistad de Lope y Solórzano, el ser Avellaneda y nuestro escritor de Tordesillas, y el que las dos historias incluidas en la novela de Avellaneda (*El rico desesperado* y *Los felices amantes*) tienen la misma estructura que las comedias de Castillo, además de la existencia de muchas coincidencias en el estilo de ambos escritores. Rafael María de Hornedo [1952] se mostró en desacuerdo con esta hipótesis y F. Serrano Castilla [1944], en una breve nota, se manifestó dubitativo.

El que en la portada de la edición de Tarragona se diga que «fue compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas» no debe echarse en saco roto. Cervantes, en su segunda parte, se refiere a «aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona». Pero no lo desmiente, pese a que se refiere hasta en tres ocasiones a que su autor es un aragonés. Sin embargo, da, en prueba de sus orígenes aragoneses y como nota característica de su estilo, la ausencia de artículos, algo que no se justifica en ningún caso en la lengua del valle del Ebro.

No son, sin embargo, muchos los datos biográficos de Alonso de Castillo Solórzano que nos han llegado a hoy en día y que puedan ayudar al éxito de esta hipótesis [Velasco, 1983]; pero, de lo poco que conocemos de sus años de juventud, hay algunas circunstancias que considero relevantes.

Alonso de Castillo Solórzano nació, en efecto, en Tordesillas en 1584 y fue hijo de Ana Griján y de Francisco de Castillo, ambos valencianos, entonces al servicio del duque de Alba [Soons, 1978]. El joven Alonso estuvo bajo las órdenes del duque de Benavente, al que también su padre sirvió antes de fallecer en 1597. Sabemos que utilizó muchos seudónimos a lo largo de su carrera literaria, al punto de que la profesora Rosa Navarro Durán [2019] considera que «María de Zayas y Sotomayor» fue uno más, bajo el que se ocultó, y con el que tuvo su mayor éxito literario. Ciertamente es que esta hipótesis puede ser cuestionable; pero la señalo porque no sería el único caso. Tenemos documentados, en efecto, otros creados por él como «Bachiller Lesmes Díaz de Calahorra», «Andrés Sanz del Castillo» o «Jacinto Abad de Ayala». No sería extraño, por tal razón, que también utilizara el de «Alonso Fernández de Avellaneda» en su novela, como haría en muchas ocasiones a lo largo de su vida en otros textos.

Por otra parte, en varias ocasiones, en el prólogo de la obra y luego más adelante, se refiere al toledano «castillo de San Cervantes» —o de San Servando—. ¿Buscó con esta alusión al conocido castillo de la ciu-

dad del Tajo unir su apellido «Castillo» con el apellido «Cervantes» del escritor de Alcalá? Tal vez.

Todavía hoy se discute si la Argamasilla citada en la primera parte del *Quijote* cervantino es Argamasilla de Calatrava o Argamasilla de Alba. ¿Intentó jugar Cervantes con la ambigüedad? Avellaneda llama al lugar de Quijote «Argamesilla de La Mancha». Pero, sin embargo, da un nombre que no existe. Si Cervantes ofrece dos posibilidades reales, en el caso de Avellaneda no hay ninguna. Muy probablemente el nombre de «Argamesilla» –que no es errata o deturpación porque se repite a lo largo de toda la obra con igual forma– es un cruce entre Argamasilla y Tordesillas. Así lo entendió también Cervantes –lector aventajado del texto espurio–, quien se refirió a esta localidad de la actual provincia de Valladolid en su continuación de 1615 y que citará de nuevo también en *Los trabajos de Persiles*.

Hay un dato que conviene no perder de vista. Sabemos que, antes de la publicación de la novela –1614–, estaba Alonso de Castillo casado con una mujer de nombre Agustina de Paz, hija del doctor Cogujado, que aportó al matrimonio la no despreciable cantidad de mil quinientos ducados. ¿Se trata de una familiar del mayor enemigo que tuvo Cervantes en vida, el fraile dominico Juan Blanco de Paz? Lo desconozco. Pero sabemos que la familia de Agustina estaba muy vinculada con el convento dominico de la Virgen del Rosario en Tordesillas, al que, con ocasión de la muerte de su padre, se entregaron cuatrocientos ducados «por la salida que hicieron y las misas que dijeron en el entierro del doctor Cogujado, su señor» [García Soriano, 1944: 163]. El importante desembolso efectuado es muestra de la gran vinculación de la familia de Agustina de Paz con este monasterio dominico.

En el texto apócrifo se cita en muchas ocasiones a los dominicos de una forma reverencial. Se ha llegado a pensar que su autor fue un clérigo que perteneció a esta Orden². Y se le ha relacionado con la cofradía del Rosa-

² De esta opinión ya era Pellicer [1800: 161]. Y esta idea se ha repetido en muchísimas ocasiones.

rio de Calatayud por las numerosas ocasiones en que se cita la Virgen del Rosario en la obra. Quizás, sin embargo, a lo que el texto de Avellaneda alude es al convento de Tordesillas de la Virgen del Rosario a que tan ligada estaba la familia de Agustina de Paz y, probablemente, también su esposo Alonso de Castillo Solórzano, Orden dominica a la perteneció también el quizás familiar de Agustina –aunque no tengo pruebas de esto–, el gran enemigo de Miguel de Cervantes fray Juan Blanco de Paz. Hubo un hecho excepcional que se recordó durante mucho tiempo en Tordesillas y que provocó una importante expansión de la cofradía de la Virgen del Rosario del convento de los dominicos y fue que la reina Isabel «la Católica» se dirigió en procesión a su iglesia, a pie y descalza, en acción de gracias tras una costosa victoria durante la guerra de sucesión castellana, según cuenta el historiador local Eleuterio Fernández:

Ello es que apenas obtenida tan insigne victoria, despachó mensajeros á su esposa doña Isabel que se hallaba en Tordesillas con tropas de refuerzo y reserva; y la que, recibida tan fausta nueva, mandó ordenar una procesión en acción de gracias desde su palacio hasta el convento de Padres Dominicos, llamado de San Pablo, que estaba en un arrabal de la población, y en la cual procesión fue la misma Reina Católica á pie y descalza. Pudo dar ocasión á ser elegida esta iglesia, no obstante la distancia, la veneración que por entonces se tenía á Nuestra Señora del Rosario, para honrar á la cual había establecida una cofradía, cuyo mayordomo era un concejal nombrado cada año por el municipio, como consta en las actas del ayuntamiento de por entonces [Fernández Torres, 1905: 88].

En los tiempos de su escritura, la Orden de los dominicos contaba en la Provincia Hispana con tan solo seis conventos consagrados a Nuestra Señora del Rosario: Madrid, Orense, Oviedo, San Saturnino (La Coruña), Tudela y Tordesillas [Salvador, 2011: 58]. Entre estas localidades no consta Calatayud, a la que, según Sánchez Portero [2007a], aludiría la novela, patria de Liñán de Riaza. Las posibilidades de que el texto de Avellaneda aluda al de Tordesillas –en el contexto del autor «nacido en Tordesillas», como afirma Cervantes– son muy elevadas.

En resumen, en el texto apócrifo se alude en más de una docena de ocasiones a la Virgen del Rosario, tal vez una referencia al convento dominico y tordesillesco al que tan unida, por lo que vemos, estaba la familia de Alonso de Castillo Solórzano. Parece que la presencia de los dominicos en la obra no es baladí, y tiene que ver, como veremos en adelante, con la figura de Juan Blanco de Paz, miembro de esta Orden.

Fueron varios los críticos que en el pasado, entre ellos Ceán Bermúdez o Nicolás Díaz de Benjumea, atribuyeron la obra a Blanco de Paz, clérigo dominico de orígenes judeoconversos que se vengaría, según esta hipótesis, de Cervantes utilizando el seudónimo de «Alonso Fernández de Avellaneda». Recordemos que convivió en su cautiverio, preso él también, en Argel con el escritor de Alcalá. La relación de ambos fue pésima, al punto de que el dominico lo delató en su cuarto intento de fuga. Hay muchos testimonios de su odio por Cervantes [Rodríguez Marín, 1916]. Blanco de Paz no conseguirá salir de Argel hasta 1592, doce años más tarde que el autor del *Quijote*.

Este fraile, según Díaz de Benjumea [1861: 59], estaría tras el personaje del licenciado «Alonso López de Alcobendas» que aparece en la primera parte del *Quijote* acompañando a un cortejo fúnebre cuando es abatido por D. Quijote. Entonces se dice lo siguiente:

Con facilidad será vuestra merced satisfecho –respondió el licenciado–; y así, sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López; soy natural de Alcobendas; vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas [I, cap. XIX].

Según cree Díaz de Benjumea [1861: 59], hay un juego con el nombre «López de Alcobendas», dentro del que se halla el apellido «Blanco» y también «de Paz». Ambos son –el personaje real y el ficticio– clérigos. Los dos reconocen haber engañado en cuanto a la calidad de sus estudios. Y ambos están relacionados con Baeza. Sabemos que Juan Blanco de Paz fue clérigo en esta ciudad andaluza. Allí fue a buscarlo Cervan-

tes cuando llegó a esta localidad como recaudador de impuestos; pero entonces ya había marchado de ella³.

¿Escribió Alonso de Castillo Solórzano su novela como acto de desagravio del, presuntamente, familiar de su esposa, el dominico que profesó durante muchos años en el monasterio salmantino de San Esteban, Blanco de Paz, ridiculizado en el texto quijotesco? Esta fue una razón más entre otras varias, como luego veremos.

No deja de ser curioso el hecho de que diversos críticos apuesten por la vinculación del autor de la obra con la Orden dominica, e incluso con la Virgen del Rosario citada en tantas ocasiones. Pues bien, muy probablemente esta es la razón de su aparición tan abundante en la novela, producto de la relación de la familia de la esposa de Alonso de Castillo con esta Orden y con el convento tordesillesco de la Virgen del Rosario, además de con este familiar que resultaba agredido en la primera parte de la novela cervantina, Blanco de Paz, convertido en el «Alonso López de Alcobendas» en la edición de 1605.

Hay una segunda razón que pudo mover a Alonso de Castillo a elaborar su continuación. Cuando fue escrita, estaba al servicio del duque de Benavente. En los dos testamentos que conservamos de 1618 así se dice, dictados cuando estuvo muy enfermo.

El duque de Benavente titular en el momento de la escritura de la continuación de Avellaneda era Juan Alonso Pimentel de Herrera y Quiñones (1553-1621), virrey de Valencia de 1598 a 1602 y de Nápoles de 1603 a 1610. Su sucesor en este último cargo fue el protector de Miguel de Cervantes, Pedro Fernández de Castro, el conde de Lemos y autor apócrifo o ficticio del soneto («De Pero Fernández») que abre la novela de Avellaneda. Ambas familias nobles, cuyas posesiones, unas en tierras castellanas y otras en Galicia eran limítrofes, mantuvieron constantes enfrentamientos durante varios siglos. El cargo de virrey de Nápoles era el más deseado por cualquier noble de los siglos XVI y XVII.

³ Véase Sánchez Mariño [1953: 379-380].

Y mucho antes de que llegara a su término el mandato del duque de Benavente en Nápoles se habló –ya en octubre de 1606– de que le relevara en el cargo el conde de Lemos. Pero este, por influencia de su suegro el duque de Lerma, que no quería perder tan pronto de su lado a su amada hija, la esposa de Pedro Fernández, no asumió el virreinato italiano hasta 1610. Hemos de imaginar que las presiones que tuvo el duque de Benavente para abandonar su destino fueron muy importantes, siempre procedentes del pretendiente conde de Lemos. Bien es cierto que durante el gobierno de Juan Alonso Pimentel crecieron las revueltas por su errónea política de subida de impuestos. Y sabemos que el conde de Lemos puso orden en unas tierras muy soliviantadas con su predecesor, convirtiendo en un mal recuerdo la gestión de aquel. No obstante, el de Benavente se tomó su relevo como una afrenta del duque de Lerma, que fue quien propuso su sustitución por el conde de Lemos, su yerno, y Juan Alonso Pimentel se vengaría en 1618 precipitando la caída del valido de Felipe III [González López, 1969: 94].

En la época de la escritura de la continuación de Avellaneda, el duque de Benavente tenía razones de peso para zaherir al duque de Lerma, a su yerno el conde de Lemos y a todo su séquito, entre ellos, los Argensola, y también a Miguel de Cervantes, su declarado servidor, según pregonaba en las dedicatorias a sus obras. Tuvo la ocasión Castillo Solórzano de burlarse de él cuando no lo eligió el conde gallego para acompañarle a Nápoles, pese a que incluso le siguió hasta Barcelona en el viaje de ida, en un último y desesperado intento para que cambiara de opinión. Avellaneda –Castillo Solórzano– aprovechó este desaire para burlarse de él en su obra. Y con él, también del conde de Lemos («archipámpano de las Indias» en la novela o presidente del Consejo de Indias) [Cáseda, 2024a] y de sus secretarios Bartolomé Leonardo de Argensola (el «moderno historiador», autor de unos «anales» y «agareno» de nombre «Alisolán», cuya unión de estos dos nombres da como resultado el de «Argensola») y su hermano Lupercio, en este caso a

través de su esposa Bárbara de Albión, la prostituta entrada en años que, con el mismo nombre que la esposa de «Bárbaro», como era conocido Lupercio, aparece en el texto de Avellaneda [2024a].

Parece evidente que no estaba Juan Alonso Pimentel de Herrera y Quiñones muy contento con el relevo efectuado y su sustitución se añadió a los habituales enfrentamientos de estas dos familias. Tal vez por esta razón el duque de Benavente animó o, al menos, no vio con malos ojos que Castillo Solórzano escribiera una continuación del *Quijote* en que satirizaba a Cervantes y también al protector de este, su enemigo el conde de Lemos. Como creo haber demostrado en un estudio anterior [2024a], Alonso de Castillo incluyó entre los satirizados a los Argensola y también al señor de ambos, «D. Carlos [de Borja y Aragón]», el VII duque de Villahermosa, en realidad, esposo de la titular, María Luisa de Aragón y Wernstein⁴.

Su crítica a los que constituían las manos derecha e izquierda del conde de Lemos, Bartolomé y Lupercio Leonardo de Argensola, se extendió también al conde y a quien, hasta su marcha a Italia, fue el mecenas de los hermanos, el duque más poderoso de la tierra aragonesa. El hecho de que el soneto introductorio de la novela de Avellaneda sea obra de «Pedro Fernández», una sátira de los presupuestos anticuados de la literatura cervantina y un elogio del *Arte nuevo de hacer comedias*, de Lope de Vega, [2024a], resulta paradójico. Avellaneda buscaba con ello herir en lo más profundo a Cervantes cuando puso en boca de su protector, el de Lemos, la más dura crítica al escritor de Alcalá en la novela, llamándolo anticuado y viejo, mientras hacía encendidos elogios de su rival, Lope de Vega.

La segunda parte cervantina de 1615 demuestra que entendió su autor por dónde iban las críticas de Avellaneda y, por ello, creó los personajes de los duques que reciben en su casa – palacio a *Quijote* y a Sancho, personajes nobles que algunos críticos consideran que, en rea-

⁴ Véase Valladares [s.f.].

lidad, encubren no a los aragoneses de Villahermosa, como ocurre en el caso de Avellaneda, sino a los de Benavente [Brandariz, 2005]. ¿Trató de devolver a Castillo Solórzano la pelota? Tal vez.

Cuando Cervantes cerró su primera parte, dijo que la continuación llevaría a Quijote a tierras aragonesas. Esta oportunidad la aprovechó Avellaneda para satirizar a los Argensola y para reivindicar a dos figuras fundamentales en su obra; uno, un miembro de la familia de los Bracamonte castellanos, y el otro, quizás familiar de la esposa de Castillo Solórzano, Blanco de Paz.

Es sorprendente el perfecto equilibrio y similar estructura narrativa de las dos historias interpoladas en la novela (*El rico desesperado* y *Los felices amantes*), una contada por un soldado –Antonio de Bracamonte– y la otra por un fraile ermitaño –fray Esteban–. En ambos casos se trata de dos personajes creados como respuesta a otros dos ideados por Cervantes en su primera parte. Bracamonte es la contrafigura del «Ginés de Pasamonte» cervantino: a diferencia de aquel, es castellano –de Ávila– y no aragonés; es un soldado valiente y no un delincuente; es alguien de noble cuna y no un vulgar presidiario de orígenes innobles. Miembros de la familia Bracamonte aparecen en algunas comedias de Alonso de Castillo, como, por ejemplo, en *Los alivios de Casandra*, donde encontramos a D. Juan de Bracamonte, «hidalgo amante de Leonor», de nuevo presente en la obra teatral *El mayorazgo figura* del escritor de Tordesillas.

En el caso de fray Esteban, ocurre algo parecido. Si el escritor de Alcalá satirizó a «Alonso López de Alcobendas» (Blanco de Paz), ahora Avellaneda nos sitúa ante un fraile de nombre «Esteban», compendio de virtudes. El nombre no es casual, pues sabemos que Juan Blanco de Paz vivió durante muchos años como fraile en el famoso convento dominico y salmantino de San Esteban en que se alojó durante un tiempo Cristóbal Colón [Blasco Pascual, 2005: 72].

En definitiva, Avellaneda ridiculiza la sátira de Cervantes contra Pasamonte/ Bracamonte y contra Blanco de Paz, situando al lector de su

novela ante dos personajes que, en realidad, son las contrafiguras de ambos y a los que Alonso de Castillo reivindica, convirtiéndolas en dos personas discretas, razonables e ilustradas.

Pero, además, hay algo que la crítica ha desatendido en la referencia «tordesillesca» tanto en la obra de Avellaneda como cervantina. El personaje más importante, del que se recordaba entonces que era natural de Tordesillas, y tal vez por ello repiten ambos el nombre de esta localidad, era el principal del reino cuando se escribió el texto apócrifo: el duque de Lerma, favorecedor de su yerno el conde de Lemos. Que precisamente este último –ficticiamente– ridiculice en el soneto inicial a Cervantes, llamándolo viejo y anticuado y elogie a Lope de Vega es una forma muy cruel de tratar al escritor de Alcalá. La misma crueldad puede percibirse cuando se dice que la novela apócrifa se escribió en Tordesillas, patria del principal noble de España, Francisco de Sandoval y Rojas, el bastión con que contaba el protector de Cervantes. Es claro que el autor del apócrifo es alguien situado en el otro partido, en el del duque de Benavente, contrario al duque de Lerma y a su yerno el conde de Lemos.

Pero hay una tercera motivación para la escritura de la novela por Alonso de Castillo Solórzano: la influencia de Lope de Vega y de su escuela, de la que presuntamente él entró a formar parte muy pronto, antes de 1619, a diferencia de lo que acostumbra a decir la crítica. Sabemos que Lope de Vega tuvo diversos enfrentamientos con los Argensola, autores de formación clasicista, siempre atentos a las preceptivas latinas y griegas. Estos últimos despreciaron en buena medida el «arte nuevo» de hacer comedias lopesco. Y el texto de Avellaneda es ejemplo de su sátira contra ambos.

Las diversas menciones explícitas y muy elogiosas en la obra a Lope de Vega –en tres ocasiones–, la defensa de su «arte nuevo» en el soneto inicial de «Pedro Fernández» y las acusaciones contra Cervantes por burlarse de Pasamonte (un miembro de la familia Bracamonte, como muchos creyeron, entre otros, Avellaneda) y de Blanco de Paz nos sitúan

ante un escritor con el perfil de Alonso de Castillo Solórzano, fiel siempre a los principios de Lope y a su escuela teatral. Esta es la razón de que aparezca en su obra un personaje con el nombre de D. Álvaro Tarfe, haciendo así un guiño al primer texto teatral del escritor madrileño (*Los hechos de Garcilaso de la Véga y del moro Tarfe*), o que bautice como Valentín a un cura bondadoso y siempre razonable y atento, ejemplo de buen juicio, como el también protagonista de una de las primeras comedias lopescas, *Ursón y Valentín, hijos del rey de Francia* [Cáteda, 2024a].

¿Podemos creer, por tanto, su declaración en el prólogo cuando dice Avellaneda que no es capaz de usar sinónimos voluntarios como hace Cervantes? Por supuesto que no. El personaje de D. Carlos alude, tal vez, al VII duque de Villahermosa, D. Carlos de Borja y Aragón, el gran protector de los Argensola. Y la vilipendiada «Bárbara» es, como ya he señalado con anterioridad, trasunto de la esposa de Lupercio Leonardo de Argensola, el hermano del «agareno Alisolán» (Bartolomé Leonardo de Argensola), en el partido contrario al de Lope de Vega: clasicismo frente a la nueva escuela. Cervantes hará, a su vez, lo mismo que hizo Avellaneda y que él también le enseñó en su primera parte. Por eso, en su continuación se apropiará del personaje de Tarfe y del duque como propiciador de las aventuras quijotescas. Al fin y al cabo, si Avellaneda había entendido tan bien su obra y había sido capaz de «re-crear» la suya, ahora él podía hacer lo mismo.

Se ha dicho, como principal reparo para la atribución de la autoría de la continuación de Avellaneda a Castillo Solórzano, que no tuvo ninguna presencia en el mundo literario madrileño hasta 1619, cuando se trasladó a vivir a la capital del reino, y que solo a partir de entonces comenzó a escribir y a tener trato con Lope de Vega. Tal vez desconocen quienes esto afirman que Lope y Castillo coincidieron durante varios años en casa del duque de Alba, donde los padres del de Tordesillas trabajaban como camareros. Al «Fénix de los Ingenios» lo situamos en ese lugar en el periodo de su destierro de 1587 a 1595 [Tomillo y Pérez Pastor, 1901]. Es muy probable que, siendo aquel todavía un niño, am-

bos se conocieran y comenzara una amistad que duró hasta el final de sus días. Por otra parte, ¿qué mejor prueba ante Lope y su selecto grupo de escritores de su condición de escritor que su obra continuadora del *Quijote*, en la que defendía de forma entusiasta al «Fénix de los Ingenios»? El éxito de su texto apócrifo fue lo que tal vez le animó a seguir el camino de la creación literaria, no probado por él hasta entonces. Y su escritura fue la que le abrió las puertas de la escuela literaria de Lope y de sus amigos en Madrid. Quizás el escritor madrileño supervisó su obra y apoyó al joven en sus inicios literarios.

En definitiva, la novela de Avellaneda tuvo tres motivaciones para su escritura. En primer lugar, una personal, relacionada con la familia del autor (Castillo Solórzano), con Blanco de Paz y con la iglesia tordesillesca y dominica de la Virgen del Rosario. Otra, vinculada con la figura del señor a quien entonces servía Alonso de Castillo, el duque de Benavente, quejoso del conde de Lemos y de su círculo –dirigido por sus secretarios, los Argensola–, quien quizás le animó a atacarlos escribiendo una continuación de la novela de Cervantes, miembro este último del círculo de Lemos y su mayor adulator y servidor. Y una tercera, asociada a su pertenencia a la escuela de Lope de Vega, su maestro a quien se cita explícitamente, se reverencian varias de sus obras, usa el nombre de algunos de sus personajes al bautizar con ellos a varios de los suyos e incluso ataca a los enemigos de Lope de Vega, entre ellos, a los Argensola o a Miguel de Cervantes. A Lope lo pudo conocer durante su destierro en casa de los Alba, donde trabajaban sus padres.

EL SEUDÓNIMO LITERARIO DEL AUTOR APÓCRIFO «ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA»

¿Por qué Alonso de Castillo Solórzano escogió como seudónimo «Alonso Fernández de Avellaneda»? En la alusión al «castillo de San Cervantes» hay una referencia tanto a su persona –«Castillo»– como al

propio Cervantes. También en el nombre de «Argamesilla» la hay a Argamasilla de la novela cervantina y a Tordesillas, patria de Castillo Solórzano. En ambos casos, hay una unión o mixtura onomástica referida a Cervantes y su obra y a Castillo Solórzano. En el del seudónimo del autor del texto apócrifo ocurre algo parecido. «Alonso» es el nombre del dramaturgo y novelista. El primer apellido –«Fernández»– alude, muy posiblemente, al autor ficticio del soneto inicial de la novela –el conde de Lemos, Pedro Fernández de Castro, que aparece en la obra como «Pero Fernández»–, denominado también en la novela «archipámpano de las Indias» como presidente del Consejo de Indias de 1603 a 1610, y principal destinatario, junto con todo su círculo (los Argensola, doña Bárbara o el propio Miguel de Cervantes), de su sátira. Y el apellido «Avellaneda» hace referencia al escritor de Alcalá, descendiente de los Avellaneda sevillanos, como ya he referido con anterioridad. También entonces el adjetivo «avellanado» –usado, por ejemplo, en unos versos de *Los pechos privilegiados* de Ruiz de Alarcón dirigidos contra un Lope de Vega ya entrado en años («Culpa a un viejo avellanado»)– se aplicaba a alguien viejo, como era Cervantes cuando se escribió la continuación apócrifa de su *Quijote*. De este modo, en el seudónimo encontramos de forma unida a su autor (Alonso de Castillo Solórzano) y a los dos principales referentes de la novela, el conde de Lemos y Miguel de Cervantes.

Algo parecido hace también Castillo Solórzano cuando idea el seudónimo de «bachiller Lesmes Díaz de Calahorra»⁵. Como en el caso del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, aquel tiene también un título –bachiller–. Y como en este último, hay una clara referencia a

⁵ Aparece con este seudónimo en dos composiciones, una como bachiller y otra como licenciado, participante de las justas poéticas por la canonización de San Isidro en Madrid en 1622, y en su virtud su nombre lo refleja la «Relación de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la canonización de su bienaventurado hijo y patrón San Isidro (1622)». Recuperado de: <https://www.bieses.net/relacion-de-las-fiestas-que-la-insigne-villa-de-madrid/>. En la misma participó también con otras dos con su propio nombre.

Pedro Fernández de Castro en el nombre «Lesmes», un juego onomástico con el título del conde de «Lemos».

Se ha supuesto que la referencia a «Calahorra» tal vez sea debido a que quien se oculta bajo él es Gregorio González –antepasado de Juan Antonio Llorente–, autor de la conocida novela *El guitón Onofre* y natural de Rincón de Soto –entonces «lugar de Calahorra»– y no Alonso de Castillo. Sin embargo, Lope de Vega en su *Relación panegírica de los poetas justadores* dice claramente que se trata del escritor de Tordesillas:

Pero diréis que os halláis
Turbadas, viendo que quiero
Hablar luego en Lesmes Díaz,
Si bien fue nombre supuesto.
Don Alonso del Castillo
Fue de aquellos versos dueño
En cuyo ingenio sabroso
Vive un panal de los cielos.

Lo curioso es que con este seudónimo Castillo Solórzano escribe una composición poética cuyo protagonista, D. Lesmes, figura como un «caballero andante». ¿Quizás recordando a su D. Quijote, protagonista de su novela caballeresca escrita ocho años antes? Tal vez.

Y, por otra parte, cuando Cervantes alude a que Avellaneda es aragonés porque no utiliza artículos, en realidad se está refiriendo a un uso habitual de los vascos, étal vez se refiere a ello por la etimología vasca del apellido «Solórzano», el creador de la continuación apócrifa?

RECOGIENDO ESPECIES

Hay, en definitiva, una serie de datos y circunstancias de carácter histórico y literario que, unidos, me inclinan a apoyar la hipótesis de que el autor de la continuación apócrifa es Castillo Solórzano, según señalo a continuación:

a) ¿Ofender «a mí» u ofender «a mil»?

Se ha repetido por buena parte de la crítica que en el prólogo de Avellaneda se alude a que el alcalaíno no sólo zahirió a Lope en la primera parte de su novela (1605), sino también a él, cuando dice: «pues él tomó por tales el ofender a mí». Sin embargo, como otros críticos opinan [Suárez Figaredo, 2008 y 2014], se trata de una errata o deturpación y, en realidad, el texto decía «a mil», y no «a mí» (a Avellaneda).

Ya Paul Groussac [1903] se apercibió de que faltaba el pronombre personal «me» («ofenderme a mí» en lugar de «ofender a mí»). ¿Por qué faltaba dicho pronombre? Porque la construcción original no era «a mí», sino «a mil», mucho más lógica. Por otra parte, y esto es de mi cosecha, el adverbio «particularmente» no tiene sentido si no se refiere a algo pequeño, frente a algo mayor anteriormente enunciado; lo particular se singulariza frente a lo plural, y en «mí» no hay pluralidad, a diferencia de lo que ocurre en «mil». En definitiva, no tiene sentido si no desgajamos lo particular de una multiplicidad.

¿Qué importancia tiene la corrección de esa errata? Pues que el autor de la obra no fue nunca ofendido por Cervantes, como muchos han creído por culpa de esa errata en la edición de la novela, sino que lo que motivó su escritura fueron las ofensas a muchos otros, entre ellos, a su amigo Lope y a otros dos individuos (Blanco de Paz y un miembro de la familia Bracamonte) que resultaban también ridiculizados, según creyó, y que él vengaría en las dos historias interpoladas.

No debemos buscar, por tanto, como han hecho algunos estudiosos, la causa de la escritura de la continuación espuria en una afrenta personal al escritor del texto apócrifo, sino que la razón está en los ataques de Cervantes a Lope de Vega, como se indica repetidamente en la obra, y en su burla de Blanco de Paz y de Pasamonte (un miembro de la familia Bracamonte, en opinión de Castillo y de muchos otros lectores contemporáneos). Avellaneda (Castillo Solórzano) creyó lo que mu-

chos otros: que tras la burla de Pasamonte se escondía la ridiculización de un miembro de la familia Bracamonte, ilustres soldados de orígenes nobles [Cáseda, 2024b]. Por ello, escribió dos historias que vindicaban tanto a uno como a otro, redimiéndolos de la sátira cervantina.

b) La temprana relación de Lope de Vega y Castillo Solórzano.

Quienes objetan que Lope y nuestro escritor se conocieron muy tardíamente, tras instalarse en Madrid en 1619, con posterioridad, por tanto, a la publicación del texto apócrifo no tienen en cuenta, como he señalado con anterioridad, que ambos coincidieron en un mismo lugar, donde los dos convivieron durante mucho tiempo: la casa del duque de Alba, durante el destierro del escritor madrileño de 1588 a 1595, cuando los padres de Castillo Solórzano estuvieron al servicio de este noble. Este mutuo conocimiento fue lo que tal vez impulsó luego su relación, relación que ya existía desde mucho antes, y fue lo que animó a Castillo a escribir su novela, defendiendo de los ataques cervantinos a quien fue para él un héroe desde que lo conoció con pocos años. No es extraño que las dos obras que sirven de base para la creación de los personajes de Tarfe (*Los hechos de Garcilaso de la Vega y del moro Tarfe*), o de Valentín (*Ursón y Valentín, hijos del rey de Francia*) fueran composiciones de juventud de Lope, que leyó Castillo Solórzano siendo un niño en el palacio de los Alba.

c) Su defensa de Blanco de Paz y de los Bracamonte frente a los ataques cervantinos de la primera parte del *Quijote* (1605).

Nuestro escritor no solo se venga en su novela de Cervantes por sus ataques contra Lope de Vega, sino que también lo hace por la ridiculización quijotesca de Blanco de Paz –quizás familiar– a través de la historia de fray Esteban, nombre del convento salmantino en el que vivió durante muchos años este dominico, y de los Bracamonte a los que

había ofendido al escritor de Alcalá –presuntamente– con su personaje de Ginés de Pasamonte.

Martín de Riquer y todos los que lo han seguido tienen razón en que Cervantes pretendió burlarse de su enemigo Jerónimo de Pasamonte; pero los lectores contemporáneos no hicieron esa lectura por una razón muy simple: prácticamente nadie lo conocía en la corte y nadie sabía de las cuitas y desencuentros de ambos. Por ello, y producto de una lectura equivocada, lo que Avellaneda pensó, y con él muchos otros, era que el objeto del ataque de Cervantes era un miembro de la conocida familia de los Bracamonte, entre los que figuraban valerosos capitanes de los tercios españoles que pelearon y dieron su vida en Ostende y en Italia. He estudiado esta «errónea lectura» en otra investigación y creo haber encontrado en ella el origen de la escritura de *La tía fingida*, que no puede, por tanto, atribuirse al de Alcalá, pues se trata de una reivindicación de este linaje, lo que también hará Quevedo en varias ocasiones, entre ellas en el *Buscón*, asimismo Castillo Solórzano en sus obras de teatro y José de Cañizares, entre otros.

d) El desencadenante de la escritura del texto apócrifo: El desprecio del conde de Lemos a Cervantes por no llevarlo con él a Nápoles

Sabemos que Cervantes imploró al de Lemos que lo llevara a Italia en 1610 cuando fue nombrado virrey gracias a su suegro el duque de Lerma, desplazando al entonces titular, el duque de Benavente, el señor de Castillo Solórzano [Egido, 2019: 105]. Los Argensola, encargados de seleccionar a los acompañantes que irían a Nápoles, destinados a ocupar importantes cargos, no eligieron ni a Cervantes ni a Góngora. El segundo se burló de este desaire; pero Cervantes no aceptó de buen grado la decisión, e incluso se dirigió a Barcelona siguiendo al conde y a su acompañamiento cuando fueron a embarcar. De nuevo, desestimaron sus pretensiones y tal circunstancia debió de llegar a oídos de Avellaneda, que se burló de Cervantes escribiendo su obra.

Este fue el desencadenante de la escritura de nuestra novela: el desprecio sufrido por Cervantes, utilizado por Avellaneda para vengarse de él por sus ataques a Blanco de Paz y a los Bracamonte y, sobre todo, a Lope de Vega en su primera parte del *Quijote*.

Ello explica la inserción del soneto de Pedro Fernández [de Castro] que abre la novela, en que el conde de Lemos zahiere a Cervantes llamándolo viejo y anticuado, defendiendo, a cambio, a su antiguo secretario Lope de Vega, e insertando en él referencias explícitas a su *Arte nuevo de hacer comedias*.

Y ello explica la presencia en la novela del agareno aragonés, moderno historiador, autor de unos anales (Bartolomé Leonardo de Argensola), también de su cuñada, Bárbara de Albión (la D.^a Bárbara que Quijote confunde con Cenobia), de su hermano Lupercio (el secretario, convertido en la novela en Bramidán de Tajayunque) o el protector de estos, el duque de Villahermosa, D. Carlos, esposo de la titular, D.^a Luisa de Aragón. También el de Lemos será ridiculizado, convertido en el personaje del «archipámpano de las Indias», puesto que hasta su marcha a Italia fue presidente del Consejo de Indias, y su esposa, la «archipampanesa» e hija del duque de Lerma. Sin el conocimiento por Avellaneda de este episodio de la biografía cervantina quizás no se hubiera escrito su continuación.

El menosprecio sufrido por Cervantes está en el origen de su escritura. Y ello explica su publicación tan tardía, cuando ya hacía nueve años de la aparición primera parte (1605). Fue en 1610 cuando el conde de Lemos y su séquito partieron con destino a Nápoles y todavía tardaría un tiempo en que llegara a Avellaneda la información de la negativa de Lemos en Barcelona a que Cervantes le acompañara. Si tenemos en cuenta que su novela ya era conocida en copias un año antes de su publicación en 1614, las fechas encajan y permiten afirmar que fue este hecho el desencadenante de la escritura de la continuación apócrifa.

e) El duque de Lerma (ilustre natural de Tordesillas) y su yerno el conde de Lemos en la diana satírica de Avellaneda.

De todo lo señalado hasta ahora, podemos extraer una conclusión: el autor de la novela no solo satiriza al escritor de Alcalá; su objetivo no era solo él, sino todo el círculo intelectual y de poder político en torno al conde de Lemos y, también, su principal valedor, su suegro, el todopoderoso duque de Lerma. Este es el destinatario último de Avellaneda. Entonces Castillo Solórzano está al servicio del mayor enemigo de aquel, el duque de Benavente, a quien había desplazado Lerma poniendo en su lugar a su yerno. No sabemos si le acompañó antes a Nápoles, aunque es probable. En cualquier caso, ya su padre, antes de fallecer en 1597, estaba a su servicio como antes del duque de Alba. Quizás el de Benavente no vio con malos ojos la escritura de esta novela, una venganza no solo contra Cervantes por sus burlas de Lope (el principal objetivo de Solórzano), sino también contra el duque de Lerma y el conde de Lemos.

Tal vez esta es la causa de que se aluda al origen de la novela en Tordesillas, patria de Castillo Solórzano, pero también del más importante personaje de su tiempo: el duque de Lerma. Referirse a esta localidad le servía también al autor para, disimuladamente, aludir a sí mismo una vez más; algo que también ocurre cuando menciona el castillo de San Cervantes (unión de su apellido y del autor del *Quijote*), o cuando llama al pueblo del protagonista de su novela «Argamesilla» (unión onomástica de Tordesillas y Argamasilla, o mixtura de la novela cervantina y de su tierra). La mención de Tordesillas es, por tanto, una alusión a su patria y a la de su más alto objetivo en su sátira novelesca: el duque de Lerma.

f) ¿Supo realmente Cervantes quién era Avellaneda?

Se ha dado por supuesto que Cervantes sabía su identidad. Pero tengo muchas dudas al respecto. No creo que lo conociera personalmen-

te, puesto que entonces Castillo Solórzano era una persona anónima. ¿Pudo ser Lope, quien lo había tratado desde niño, sabedor de sus veleidades literarias y de su cariño por él y por su teatro, quien le animara a escribir la novela, lo que también vio con buenos ojos el duque de Benavente? Tal vez. En cualquier caso, era alguien absolutamente desconocido y Cervantes no sabía nada de su persona. A la vez, para Lope era el candidato perfecto, puesto que el escritor de Alcalá estaría absolutamente desconcertado sin saber esta vez dónde dirigir sus ataques porque ignoraba todo de su enemigo. De este modo se fue a la tumba sin saber quién la escribió, aunque aprovechó algunos aspectos de la novela y la utilizó en su segunda parte, reconociendo, de este modo, la genialidad de su creación literaria.

BIBLIOGRAFÍA

- BLASCO PASCUAL, Francisco Javier (2005): «El género de las genealogías en el *Quijote* de Avellaneda», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 81: 51-79.
- BLASCO PASCUAL, Francisco Javier (2016): «Avellaneda desde la estilometría», en *Cervantes: Los viajes y los días*, ed. P. Ruiz Pérez (Madrid, Sial), 97-113.
- BRANDARIZ, César (2005): *Cervantes decodificado: las raíces verdaderas de Cervantes y de Don Quijote y los tópicos que las ocultan*, Madrid, Martínez Roca.
- CÁSEDA TERESA, Jesús Fernando (2018): «La oculta identidad de Alonso Fernández de Avellaneda. Notas para una cabal comprensión del misterioso autor cervantino», *Lemir*, 22: 179-206.
- (2021): «Juego y burla en el *Cancionero de Baena*: Alfonso Álvarez de Toledo (contador mayor y consejero regio) y su heterónimo poético y literario Alfonso Álvarez de Villasandino», *e-Spania*, 39, (2021), s.p. <https://journals.openedition.org/e-spania/40869> [30-9-2025].
- (2024a): «Las claves onomásticas del *Quijote* de Avellaneda: de Lope de Vega al conde de Lemos y su círculo de escritores», *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica*, 50: 217-251.
- (2024b): «El Ginés de Pasamonte cervantino y su descendencia literaria: de *La tía fingida* a Manuel Mújica Láinez», *Mirabilia*, 38: 381-398.

- COTARELO Y MORI, Emilio (1934): *Sobre el Quijote de Avellaneda y acerca de su autor verdadero*, Madrid, Tipografía de Archivos.
- DÍAZ DE BENJUMEA, Nicolás (1861): *La Estafeta de Urganda o Aviso de Cid Asam–Ouzad Benenjeli sobre el desencanto del Quijote*, Londres, Imprenta de J. Wertheimer y Cía.
- EGIDO, Aurora (2019): *El diálogo de las lenguas y Miguel de Cervantes*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- ESPÍN RODRIGO, Enrique (1993): *El Quijote de Avellaneda fue obra del doctor Christóval Suárez de Figueroa*, Lorca, Grafisol, S. L.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín (1819): *Vida de Miguel de Cervantes*, Madrid, Imprenta Real.
- FERNÁNDEZ TORRES, Eleuterio (1905): *Historia de Tordesillas*, Valladolid, Imprenta de Andrés Martín.
- FITMAURICE-KELLY, JAMES (1892): *Life of Miguel de Cervantes Saavedra*, London, Chapman and Hall.
- GARCÍA SORIANO, Justo (1944): *Los dos «don Quijotes». Investigaciones acerca de la génesis de «El ingenioso hidalgo» y de quién pudo ser Avellaneda*, Toledo, s.e.
- GÓMEZ CANSECO, Luis María (2001): «Cervantes contra la hinchazón literaria (y frente a Avellaneda 1613-1615)», en *Cervantes en Italia: Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas: Academia de España, Roma 27-29 septiembre*, coord. A. Villar Lecumberri (Roma, Asociación de Cervantistas), 129-147.
- GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio (1969): *Los políticos gallegos en la corte de España y la convivencia europea*, Vigo, Editorial Galaxia.
- GROUSSAC, PAUL (1903): *Une énigme littéraire. Le Don Quichotte d'Avellaneda*, Paris, Alphonse Picard et fils.
- GUTIÉRREZ ALONSO, María del Pilar (2014): *El licenciado Alonso Fernández de Zapata. Trayectoria y entorno de un personaje singular en la sociedad abulense de los Siglos de Oro. Tesis doctoral dirigida por Santiago Alfonso López Navia*, I.E. University <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=42038> [30-9-2025].
- HERRÁN, Fermín (1879): *Elogio fúnebre de Cervantes. Discursos pronunciados en la Academia Cervántica Española los días 23 de Abril de 1876 y 1878, al conmemorar los aniversarios 260 y 262 de la muerte del Príncipe de los Ingenios Españoles*, Montevideo, La Idem.
- HORNEDO, Rafael María de (1952): *Fernández de Avellaneda y Castillo Solórzano*, s.l., s.e.
- LAVIGNE, Germond (1853): *Le Don Quichotte de Fernández Avellaneda traduit de l'espagnol et annoté par A. Germond de Lavigne*, París, Didier.

- MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso (2002): «Cervantes imitó a Avellaneda», *Clarín: Revista de nueva literatura*, 42: 8-14.
- (2004): «Cervantes *versus* Pasamonte («Avellaneda»): Crónica de una venganza literaria», *Tonos. Revista electrónica de Estudios Filológicos*, 8, s.p. <https://www.um.es/tonosdigital/znum8/portada/tritonos/CervantesPasamonte.htm> [30-9-2025].
- (2005): *Cervantes y Pasamonte: la réplica cervantina al Quijote de Avellaneda*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2006): «El manuscrito de la primera parte del *Quijote* y la disputa entre Cervantes y Lope de Vega», *Etiópicas*, 2: 255-334.
- (2010): *Guzmanes y quijotes: dos casos similares de continuaciones apócrifas*, Valladolid, Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial.
- (2014a): *Las dos segundas partes del Quijote*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- (2014b): «Las disputas literarias de Cervantes. *La Arcadia* de Lope de Vega y la Primera Parte del *Quijote*», en *Comentarios a Cervantes: Actas selectas del VIII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Oviedo, 11-15 de junio de 2012, s.l., coords. E. Martínez Mata, M. Fernández Ferreiro (Madrid, Fundación María Cristina Masaveu Peterson), 217-227.
- MARTÍNEZ UNCITI, Ricardo (1915): *Miguel de Cervantes Avellaneda es Cervantes*, Barcelona, Studium.
- NAVARRO DURÁN, Rosa (2019): *María de Zayas y otros heterónimos de Castillo Solórzano*, Barcelona, Universitat de Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona.
- O'KUNGHITTONS RODRÍGUEZ, John (2017): «El *Quijote* de Avellaneda y la reorientación ideológica de los personajes centrales: Un estudio de su desenlace», *Philobiblion: Revista de literaturas hispánicas*, 5: 7-24.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, F. B. (2015): «Cervantes y Avellaneda: historia de una enemistad (primera parte)», *Monteagudo. Revista de Literatura Española, Hispanoamericana y Teoría de la Literatura*, 20: 105-121.
- PELLICER, Juan Antonio (1800): *Vida de Miguel Cervantes Saavedra*, Madrid, Sancha.
- PÉREZ LÓPEZ, José Luis (2002): «Lope, Medinilla, Cervantes y Avellaneda», *Críticón*, 86: 41-71.
- (2005): «Una hipótesis sobre el *Don Quijote* de Avellaneda: De Liñán de Rianza a Lope de Vega», *Lemir*, 9 <http://parnaseo.uv.es/lemir/revista/revisita9/perez/joseluisperez.htm> [30-9-2025].
- (2007): «Una hipótesis sobre el *Don Quijote* de Avellaneda: de Liñán de Rianza a Lope de Vega», Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

- <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista9/Perez/JoseLuisPerez.htm>. [30-9-2025].
- RISSLER-PIPKA, N. (2016): «Avellaneda y los problemas de la identificación del autor. Propuestas para una investigación con nuevas herramientas digitales», en *El otro Don Quijote: La continuación de Fernández de Avellaneda y sus efectos*, Augsburg, Universität Augsburg: 27-51.
- RIQUER, Martín de (1988): *Cervantes, Pasamonte y Avellaneda*, Barcelona, Sirmio.
- RODRÍGUEZ MARÍN, Francisco (1916): *El doctor Juan Blanco de Paz*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- S.A. (s. f.): «Personajes del Quijote con relación a Esquivias» <https://www.esquivias.es/quijote/personajes-del-quijote-con-relacion-esquivias> [30-9-2025].
- SALVADOR Y CONDE, José (2011): *Historia de la provincia dominicana en España*, s.l., San Esteban.
- SÁNCHEZ MARINÑO, Rafael (1953): «Dos documentos del doctor Blanco de Paz [y uno de Lope de Vega]», *Anales Cervantinos*, 3: 379-380.
- SÁNCHEZ PORTERO, Antonio (2006): «El autor del Quijote de Avellaneda es Pedro Liñán de Rianza, poeta de Calatayud», Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcvd794> [30-9-2025].
- (2007a): «El “Toledano” Pedro Liñán de Rianza—candidato a sustituir a Avellaneda— es aragonés, de Calatayud», *Lemir*, 11: 61-78.
- (2007b): «Lista de candidatos para sustituir a Avellaneda, el autor del otro Quijote», *Tonos digital: Revista de estudios filológicos*, 14: 1-10 <https://digitum.um.es/digitum/bitstream/10201/43219/1/LISTA%20DE%20CANDIDATOS%20PARA%20SUSTITUIR%20A%20AVELLANEDA,%20EL.pdf> [30-9-2025].
- SERRANO CASTILLA, F. (1944): «¿Fue Alonso del Castillo Solórzano el autor del falso Quijote?», *Patria. Diario de la Falange Española*: 15-16.
- SOONS, A. C. (1978): *Alonso de Castillo Solórzano*, Boston, Twayne.
- SUÁREZ FIGAREDO, Enrique (2008): «¿“Ofender a mil” o “a mí”? Una errata plausible» *Lemir*, 12: 9-18.
- (ed.), (2014): *Alonso Fernández de Avellaneda. El Quijote apócrifo*, *Lemir*, 18. Conmemoración IV Centenario del Quijote de Avellaneda. Textos https://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista18/Textos/06_Quijote_Avellaneda_Figaredo.pdf [30-9-2025].
- TOMILLO, A. y PÉREZ PASTOR, C. (1901): *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*, Madrid, Fortanet.

- VALLADARES RAMÍREZ, Rafael (s.f): «Carlos de Borja y Aragón», en Real Academia de la Historia, *Diccionario Biográfico electrónico*. <https://dbe.rah.es/biografias/21020/carlos-de-borja-y-aragon> [30-9-2025].
- VELASCO, Magdalena (1983): *La novela cortesana y picaresca de Castillo Solórzano*, Valladolid, Institución Cultural Simancas.